LIBRO dot.com

Don Polidoro

Retrato de muchos

Lucio Vicente López

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Don Polidoro / 1881

Retrato de muchos

Don Polidoro *

(Retrato de muchos)

París, noviembre 19 de 1880

Don Polidoro acaba de ser vomitado en París con toda su familia por el tren expreso de la estación del Norte. Don Polidoro tiene cincuenta y cinco años, ha nacido en el año 25, ha sido un excelente unitario, tiene diez leguas de campo en Juárez y cuatro casas en Buenos Aires, fuera de la que habita en la calle de Buen Orden, provista de tres patios, de una huerta con higueras, y edificada en línea recta de tal manera, que desde las ventanas de la calle se puede matar de un tiro de fusil al cocinero en la cocina. Don Polidoro habla el español, nada más que el español. Del francés sabe tres o cuatro palabras, poco extraordinarias por cierto: *monsieur* o *mosiú*, *madame*, *oui* y *no*. He ahí todo su capital.
La señora de don Polidoro, desde que ha pisado la tierra francesa, vive completamente condenada a la abstinencia de toda conversación con los extraños, pero en cambio, los dos niños mayores dominan todo el repertorio dialogado del Ollendorf. El resto de la familia compuesto de cuatro niños más, y de tres sirvientas, está obligado, como don Polidoro y su señora a comunicarse con el mundo exterior por medio de los hermanos mayores.
Don Polidoro se ha mareado desde el momento en que se encontró en la canal exterior; la señora ídem; el camarote ha sido una hecatombe durante los veintiocho días de viaje. Pero es necesario llegar a Europa a todo trance y gastar los ochocientos mil pesos moneda corriente, en que nuestro viajero ha calculado su presupuesto, incluidos pasajes, regalitos y provisiones consiguientes de un regreso del Viejo Mundo. Don Polidoro trae también *in pectore* sus proyectos malévolos. Se cree un pequeño monstruo cuando en los profundos arcanos de su conciencia, acaricia la idea de sus próximas campañas de *Mabil*, como él escribe y llama a Mabille. Está dominado por la fiebre de verlo todo, y trae además de las guías indispensables, una lista en la memoria de lo que otros le han recomendado que vea. El idioma es el único punto opaco en la vida europea de don Polidoro. Con el francés, con sólo el francés, él daría vuelta al mundo. Pero el honorable compatriota que ha sido juez de paz y comandante militar, que desde 1852 hasta la fecha ha tomado parte en todas las elecciones habidas y por haber, siempre del lado de la buena causa se entiende, que por dos o tres veces ha sido diputado provincial y casi senador, a no haber mediado un malaventurado empate, el honorable compatriota, repito, está obligado a permanecer con rostro de cretino, mientras Blasito, su primogénito oye y toma tiempo para digerir con dificultad lo que explican los guías y lo que exigen los cocheros; y cuando Blasito vacila, se equivoca o no inventa pronto su traducción ¡qué indignación, qué mal humor, qué impaciencia la de don Polidoro! Entonces el intachable *burgués* del Río de la Plata, se encara frente a frente con el interlocutor y aparta con desprecio a Blasito, fulminándolo con este anatema: "¿Para qué me sirve lo que he gastado en tu educación?" y pretende entender y hacerse entender. Blasito, vuelve a intervenir; nueva fulminación, y, después de esfuerzos milagrosos de lengua, de gestos y visajes de todo género, don Polidoro acude al salvador y primitivo idioma de las señas. Y cuando triunfa con

un simple ademán, ¡oh! ¡Cómo se pavonea don Polidoro! ¡Cómo es de feliz! En diez días más, aprende el francés más pronto que la jerigonza; mientras que Blasito queda confundido, de ignorancia y de ineptitud!
-¿Dónde se ha alojado usted, señor don Polidoro?
A esta pregunta hecha con toda la más sana intención del mundo, mi héroe, a quien acabo de encontrar en el *boulevard* todo vestido de nuevo, me mira con una fisonomía desdeñosa y sorprendida, como si quisiera hacerme el reproche de ignorar la cosa más notoria de la tierra.
-Pero... en el *Grande Hotel,* mi amiguito, en el *Grande Hotel...* ¿dónde quería que me alojara?
-En el *Continental,* señor don Polidoro, en el *Continental;* hoy es el *Continental* el primer hotel de París.
-¿De veras? ¡Ya me lo había yo pensado! Ya me lo había dicho Nicanor, la otra noche al llegar...; pero como Blasito vio que en la guía tenía lugar de preferencia el *Grande Hotel* y una estrellita que quiere decir que es de lo mejor, nos fuimos a él. ¡Qué quiere amiguito! Yo he querido de lo mejor... ¡Para que después no se diga!... ¡Pero me voy a mudar! ¡Si el *Continental* es mejor, me voy a mudar!
-A propósito, ¡le voy a dar mi tarjeta! -y diciendo y haciendo, don Polidoro con una risita de íntima satisfacción que le hace cosquillas en toda la cara, me da su tarjeta y la de su señora.

Monsieur Polidor Rosales
Deputé et fermier à la République Argentine
Madame Polidor Rosales

-Eso dicen que es la moda de París. Yo le diré amigo, francamente, que a mí no me gustaba, pero Nicanor me aconsejó y me dijo que si uno no se pone aquí sus títulos, lo miran por sobre el hombro; y ahí, me ha puesto que soy diputado y estanciero. La que está furiosa es Petrona, mi mujer, porque le han quitado en la tarjeta el nombre y el apellido. Ella se llama Petrona Bracamonte, ¡pero desde que tengo las tarjetas nadie la conoce en el hotel, sino por *Madama Polidora!* ¡Ja, ja, ja!
Y don Polidoro se reía a pulmones llenos.
A la mañana siguiente fui al *Grand Hotel* a visitar el señor don Polidoro. ¡Pobre señor Rosales! No sólo había desaparecido el nombre de familia de la señora en las nuevas tarjetas, sino que el mismo don Polidoro no era conocido sino por el número 100. La flamante personalidad del noble diputado y estanciero de la República Argentina, había sido una cifra y a tres guarismos, que componían un número inconveniente en la designación de las puertas. Ni en la *conciergerie,* ni en el *bureau,* entendían nada de *Monsieur Polidor Rosales.* El número 100 está o no está en casa; un carruaje para el número 100, el número 100 llama, el número 100 debe..., el número 100 paga.
Encontré a don Polidoro indignado contra semejante apodo aritmético y resuelto a mudarse al *Hotel Continental.* La noche anterior se había encontrado con varios compatriotas, y como no hay extranjero en viaje que no tenga las más altas pretensiones de conocer a fondo el suelo que pisa, y de creerse en condiciones de administrar consejos y opiniones llenos de experiencia, los amigos de don Polidoro le habían puesto la cabeza como una fragua, y el *Grand Hotel* aconsejado por el simple de Blasito, había caído en el mayor descrédito ante los ojos del buen porteño.
Mover la comitiva doméstica de don Polidoro, demandaba fuerza. El matrimonio es poco ágil. Los cuatro niños menores y las tres sirvientas, son un apéndice engorroso para París. La cuenta diaria de don Polidoro ha llegado a trescientos y cuatrocientos francos sólo en habitaciones y municiones de boca, como él dice; pero es necesario mantener la pompa que corresponde a su rango, ¡y don Polidoro se entrega inerme a la explotación!

Don Polidoro y familia abandonaron el *Grand Hotel,* y mientras que el transporte de los baúles monumentales marcados pomposamente Polidoro Rosales, despertaba la curiosidad de los sirvientes a la caza de propinas, se oían voces que decían: *le numéro 100 qui déménage.* Blasito se permitió una última tentativa de traducción y fue fulminado por don Polidoro que ya no podía verse eternamente confundido con ese número.
Por fin salió la familia Rosales de aquel hotel, en el que su jefe no se encontraba tratado según sus aspiraciones. ¡Ah! Pero el infortunio persigue a este hogar ambulante, a este cuadro de familia supinamente criolla, que no sabe dónde está, ni a qué ha venido, ni lo que quiere, ni lo que hace. En el *Hotel Continental,* al día siguiente de instalado don Polidoro, se llamaba el número 77. No había sido suficiente la epigramática casualidad de su primer asilo en el *Grand Hotel.* Era necesario soportar la marca de los dos nuevos guarismos repetidos. ¡Ah! ¡Ni el recurso de Orsini arrancando con la punta de la espada la B de la mansión de los Borgia le quedaba a don Polidoro para salvar de las numeraciones sospechosas bajo las cuales parece destinado a vivir en Europa!
No hubo más remedio que consolarse. Cuando don Polidoro supo por boca de todos sus amigos que se hallaba alojado en el primer hotel de París, que era el *número uno,* que era inútil buscar otro que se le pudiera comparar, entonces fue feliz, profundamente feliz, y comenzó a pensar en la ímproba tarea de las expediciones a los museos, a los monumentos y a los paseos públicos.
Es de verse la salida de don Polidoro con su familia en dos *fiacres* amarillos entre 11 y 12 del día. En el primero, la pareja matrimonial empaquetada en el asiento principal. Blasito en el asiento delantero, en cuenta de calepino parlante, con una cara de ingenio que desarmaría al más osado contra el aburrimiento. En el otro vehículo, una sirvienta con dos vástagos más de la fecunda familia Rosales. El resto permanece en el hotel con derecho a la plaza de la Concordia, porque don Polidoro es hombre práctico; le gusta moverse con poca gente.
El primer día del Louvre, don Polidoro volvió al hotel con un visible semblante de derrotado. Pero el amor propio da fuerzas al más flaco de los mortales y don Polidoro simuló el encanto inexplicable que le había producido el examen de doscientos sarcófagos egipcios y las colecciones interminables del museo etnográfico. Blasito regresó sumido en un sopor alarmante. Don Polidoro se indignaba de la indiferencia que su hijo mayor demostraba por cosas tan importantes. En cuanto a misia Petrona el abatimiento era profundo. Parecía que caminaba bajo el peso de un peñasco; los párpados le caían sobre los ojos como si fueran de plomo. La señora había trabajado aquel día y volvía al descanso reparador. Las bravatas de don Polidoro, sus exclamaciones de entusiasmo, sus arengas para animar aquel hogar refractario a las maravillas europeas, todo era inútil. Aquella noche el número 77 cerró su puerta a las 9.
-¡Qué temprano se ha retirado la familia del señor Rosales! -observa al portero una visita de don Polidoro la noche de la primer campaña al Louvre.
-¡Oh, sí señor -contestó el interrogado con esa zafaduría canalla que distingue a los lacayos de París- el señor y la señora se ocupan ahora *de tragar* museos y hacer la digestión!
Don Polidoro es indomable; al cabo de quince días ha acometido con denuedo medio París. Ha trepado jipando, pero ha trepado, al domo del Panteón, a la columna Vendôme, al arco de Triunfo; y ha regresado rebosante de orgullo, con aquella satisfacción del hombre que ha estado ubicado donde sólo es dado llegar a los que tienen dos pies y el espíritu envuelto en una masa densa de grasa como el señor don Polidoro.
Ha estado con Blasito a ver la *Femme à Papa* en *Varietés.* Blasito ha ensayado una versión bastante pasable a medida que la pieza se representa, pero un caballero del asiento vecino impone silencio a la pareja descifradora. Ambos deciden no llevar la familia a ver la pieza, porque es un espectáculo inmoral. En los pasajes grotescos, don Polidoro que se encuentra

impedido de interrogar a Blasito, ojo atento al público, estalla en carcajadas cuando la hilaridad es general. Si Blasito no se ríe porque no ha entendido, don Polidoro vuelve sobre sus pasos y se pone serio; lo consulta con la mirada; Blasito, que es un poco imbécil, no se explica lo que quiere preguntarle su padre, y en esta escena muda, ¡la elocuencia del ridículo alcanza a la sublimidad!

¡Oh, don Polidoro Rosales! ha sido transportado a París, es cierto, porque los cuerpos se palpan y su ubicuidad es incontestable, pero su ser, su *yo,* ese, está allá, en la calle de Buen Orden y estará siempre aunque él esté aquí. Esto no es una paradoja; es la esencia misma de la verdad.

Don Polidoro desde que se encuentra en París tiene la vista y el oído de las *gamas.* Cuanto ve quiere recorrer, conocer, escudriñar. Cuanto oye le sugiere el deseo de una explicación. Abruma con las preguntas y se le han aparecido tales pretensiones, que no es fácil darse cuenta de su límite. Averiguó cuáles eran los mejores restaurants de la ciudad y ha comido seis días seguidos con toda la familia en el *Café de la Paix,* en el *Café de Paris,* en *Bignon,* en la *Maison Dorée,* en el *Café Riche* y en el *Café Anglais.* ¡Oh! Qué escenas tan apetitosas las que se han pasado en aquellas mesas, servidas por los mozos más pillos y burlones de todo París y concurridas por gente que sabe lo que nuestro honorable vecino de Juárez no barrunta. ¡Ver instalarse en su mesa la familia de don Polidoro y presenciar la atadura de la servilleta de los chicos! ¿Qué cuadro flamenco puede competir con aquel *ménage* primitivo al natural?

El *maitre d'hotel* presenta la *carta.* Misia Petrona la arroja con indiferencia y... ¡desgraciada señora! En ese papel está escrita la medida de su apetito. Don Polidoro se acuerda de que *por allá,* hay también *lista,* y se la pasa a Blasito. ¡Al pobre Blasito! ¡Qué hará Blasito para entender esos títulos presuntuosos del *menu,* esa erudición culinaria que alimenta agradando, esa retórica bajo la cual un faisán más picado que el del virrey de *La Perichole* pasa por un pomo de *opoponax!* ¡En el Ollendorf no hay nada de eso! El Ollendorf es deficiente. A Blasito lo toma la lista sin perros. El *maitre d'hotel* espera con la más impertinente impaciencia desde la altura de dos patillas rubias en una cara completamente afeitada y empolvada. Don Polidoro lo ha amagado con una mirada de humilde consultación, pero el insolente lo ha seguido mirando con cara de esfinge, y don Polidoro no se atreve ya a una segunda tentativa. Blasito se quema las pestañas. Ha encontrado algo que ha entendido; al menos que ha podido traducir. *Perdreaux demi deiul* -perdices de medio luto-. Lo comunica en voz baja a la mamá. Pero la mamá hace un gesto de duda, vacila y se confunde. Don Polidoro tiene un arranque; coloca el índice sobre el plato decubierto por Blasito y se lo indica al mozo. ¡Está indignado!

- *Et le potage?*

(Don Polidoro): -¿Ehhh...?

(Blasito después de vacilar): -Pregunta si no tomamos sopa, papá.

-¡Ah! ¡sí! sopa... sopa. ¿Qué sopa?

La insolencia del sirviente crece por grados:

-Voulez vous *velours* ?

-¡Sopa *de terciopelo,* papá!

-¡Traduces mal, Blas! ¡No puede haber semejante sopa!

-Sí, papá, *velours,* es terciopelo.

La familia se consulta y viene el *potage velours,* después de las agitaciones que han experimentado los estómagos ante la perspectiva de beber los despojos de algún vestido de esa tela. Las perdices de medio luto son rechazadas por unanimidad. Don Polidoro y su señora quieren separar todo elemento triste en el momento feliz de la mesa. Los dos esposos no encuentran en aquel *menu* intrincado algo que los satisfaga, y la ineptitud de Blasito es cada vez más alarmante. El mozo propone *turbot, homard, raie, éperlan.* Don Polidoro se lanza

audazmente en la senda de lo desconocido y pesca en la rápida recitación del *garçon,* el único sonido que ha conservado: *¡homard!* Pide *homard* y espera con denuedo el momento del peligro.

En cinco minutos el mozo ha puesto delante de la familia que no gana para sustos y apuros, una enorme langosta de Dieppe, colorada y apetitosa.

¡Que espanto y qué ascos los de misia Petrona! Los niños menores sienten miedo en el estómago. Blasito consulta a don Polidoro. Don Polidoro pasa por un momento de vacilación, arriesga con una sonrisa llena de complacencia una última consulta al mozo, pero éste le da la espalda y mi héroe permanece solo y cara a cara con el *homard.* Pero don Polidoro es valiente. Él será parisiense a todo trance. Hace el gesto de un desgraciado en momentos de apurar una droga y acomete el *homard.* No sabe qué se come y qué no se come de aquel animal, y en presencia de la duda, come todo, carne, huevos, hueso y ¡horror! hasta el esófago del monstruo. Blasito ante una mirada furibunda de don Polidoro lo acompaña en aquel duro deber. La señora, como si hubiera comido, pasa por los amargos momentos del asco.

¡Oh París! ¡Qué hermoso es París para la familia de don Polidoro!

Pero no todas son desgracias y aventuras en aquellas comidas. Don Polidoro, siempre entregado a lo desconocido pide un *chateaubriand* y en vez de una araña, con la que soñaba resuelto a comerla resignadamente, se encuentra con un *beefstake.* ¡Un *beefstake* en París! La familia pide *chateaubriand* y el hambre se sacia; y desde aquel día puede don Polidoro repetir con orgullo que ha comido y come diariamente en los principales *restaurants* de París... pero *chateaubriand* y nada más que *chateaubriand.*

Habían pasado muchos días sin ver a don Polidoro. La otra noche en *Laborde* me paseaba con varios amigos. El baile estaba en todo su esplendor. Era aquella una feria de mujeres, de diamantes y perlas, de telas y encajes. ¡Cuánta gracia lasciva en esos cuerpos delgados y esculturales! ¡Qué cabezas adorables, si no fueran vacías como las amapolas! La música excita y la luz eléctrica da a aquella escena un fulgor especial. Todo hay allí, menos franceses. Lo digo por honor a la Francia. Rusos, ingleses, alemanes, italianos y españoles.

-Perdone usted, y americanos; ¡allí viene el señor don Polidoro!

Me doy vuelta, y en efecto, me veo a don Polidoro Rosales, al mismo don Polidoro, restablecido de la insurrección que intentó en su estómago la langosta del *Café Riche,* del brazo de una damisela de carita *chiffonnée,* con una *toilette* deslumbrante, tierna como una alondra, maligna como una viborita, entregada a su compañero como una novia en la primer cuadrilla de las nupcias.

Don Polidoro al divisarme quiso hacer una evolución como un general que se encuentra con el enemigo a retaguardia, ¡pero en vano! Me adelanté y llegué a su lado más pronto de lo que él había presumido.

-¡Adorable don Polidoro! ¡Es usted un hombre feliz!

-¡Qué le parece, amigo! ¡Si este París me ha sacado de mis casillas!

-Pero ¿y misia Petrona, don Polidoro? ¿y misia Petrona?

-Durmiendo, amigo. Hoy ha visitado cuatro museos y todavía nos queda una semana de trabajo para ver lo que no hemos visto... Y cambiando la conversación:

-¡Háblele, amigo, usted que sabe hablar francés! ¡Verá qué bien habla!

-No, don Polidoro. Yo hablaría por mi cuenta, pero no por la suya. ¡Adiós!

Y don Polidoro sigue la rueda del baile con su linda compañera que le ha dado vuelta la cabeza como a un niño que recién comienza a vivir. ¡Pobre misia Petrona!

Al fin del baile, encuentro a Blasito acompañado también de una señora de cara satinada y ojeras al carbón. ¿Qué les parece a ustedes? A Blasito, al inocente Blasito, ¡haciendo su gasto de Ollendorf concienzudamente!

Salgo del baile y en el *Café Anglais* don Polidoro cena *en ménage* pero sin misia Petrona; y

Lolotte, -se llama Lolotte, la sustituta de la mamá de Blasito- llama a don Polidoro, *mon petit Polidor! Mon Lidor! Mon bonbon glacé! Mon Loló sucré.*
¡Y otras dulces golosinas de este género!

***

Cuando nos encontremos en Buenos Aires, de vuelta, con don Polidoro Rosales, ¡ya verán ustedes si nadie le mata el punto en cuanto a práctica de la vida parisiense! Será un oráculo para sus congéneres -que son muchos- y tendrá ochocientos mil pesos menos, como ellos.
Ustedes conocen ya uno de los tipos de nuestros viajeros. Pertenece a la gente de edad. Les he de presentar pronto el *spécimen* del joven para que hagan la comparación.
Los franceses, siempre espirituales, representaron el año pasado una pieza en el *Palais Royal* en que explotaban bajo el apodo del *rastaquoère* estos tipos de la América del Sur. ¡Un *spécimen* del *rastaquoère* de legitima índole es don Polidoro Rosales! Pero falta el *rastaquoère* de la juventud. Esta página no ha tenido por objeto hacer una pintura para reír. Es un ataque franco a los que, viejos o jóvenes, sin idea fija ni propósito preconcebido, caen un buen día en Europa y pretenden conocer las grandes capitales porque han rodado al acaso por ellas, como una bola, por un cierto espacio de tiempo.

* Es inútil que la malicia pretenda descubrir una persona determinada en el protagonista de este cuadro. (Nota de L. V. López.)

Librodot